

La colección *Mayor* de Editorial Verbum se presenta como un proyecto singular y de fondo para la cultura hispánica mediante obras que detentan, por la razón que fuere, un valor emblemático o universal.

Se trata, bien de obras relevantes a menudo difícilmente accesibles, en ocasiones como redescubrimientos de un patrimonio intelectual que debe permanecer vivo y ejemplar, muy enriquecidas mediante estudios y documentación; bien de nuevas obras capaces de identificar un sentido de unidad o la visión de un todo en un momento del saber, de una materia o diversas, en fin, de una categorización importante del mundo del pensamiento o del arte.

El lugar de acción es la lengua española, pero regido siempre tanto por la liberalidad de espíritu como por una voluntad humanística y universalizadora.

Materialmente, *Verbum Mayor* ofrece obras de sobriedad elegante, a veces de gran extensión, pero de formato manejable, restituyendo con características modernas un estilo de edición netamente cultural y de vocación perenne casi olvidado en nuestra lengua.

Claves del pensamiento martiano. Ensayos políticos, sociales y literarios

Estudio introductorio, edición y compilación:
Luis Rafael y Ángel Esteban

ESTA OBRA HA RECIBIDO UNA AYUDA
A LA EDICIÓN DEL
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE



© de la edición y del Estudio Preliminar,
Luis Rafael Hernández y Ángel Esteban, 2013
© Editorial Verbum, S. L., 2013
Eguilaz, 6, bajo izquierda. 28010 Madrid
Teléf.: 91 446 88 41
e-mail: editorialverbum@gmail.com
www.verbumeditorial.com
I. S. B. N.: 978-84-7962-903-8
Depósito Legal: M-18499-2013
Diseño de cubierta: Pérez Fabo
Preimpresión: Origen Gráfico, S. L.
Printed in Spain / Impreso en España por
Tecnología Gráfica, S.L.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR

1. Introducción biográfica y crítica	I
1.1. Semblanza biográfica.....	I
1.2. Su generación, el Modernismo y la prosa ensayística.....	V
1.3. La nueva estética modernista y sus ensayos artístico-literarios.....	X
1.4. Ideas sociales	XVII
1.5. Por el equilibrio del mundo.....	XXVI
2. Bibliografía	XXXVI
2.1. Obras de José Martí	XXXVI
2.1.1. Obras completas	XXXVI
2.1.2. Antologías y otras ediciones significativas de su obra.....	XXXVI
2.2. Bibliografía selecta sobre su prosa reflexiva	XXXVII
2.3. Bibliografías, biografías y cronologías.....	XXXVIII
3. Iconografía y documentos	XL

ENSAYOS DE JOSÉ MARTÍ

La República española ante la Revolución cubana (1873)	3
Propósitos. <i>Revista Venezolana</i> (1881)	14
Prólogo al <i>Poema del Niágara</i> (1882)	19
Oscar Wilde (1882).....	36
Emerson (1882)	45
El tratado comercial entre los Estados Unidos y México (1883)	60
A aprender en las haciendas (1883).....	66
La futura esclavitud (1884)	69
Maestros ambulantes (1884)	73
El "Popol Vuh" de los quichés (1884)	78
Nueva exhibición de los pintores impresionistas (1886)	82
El poeta Walt Whitman (1887)	87
Heredia (1888)	100
Vindicación de Cuba (1889)	115
"El juramento de los héroes" (1889)	122
El Congreso de Washington (1889).....	133

La Conferencia Americana (1889)	143
Nuestra América (1891)	151
La conferencia monetaria de las Repúblicas de América (1891)	161
Con todos y para el bien de todos (1891)	173
Julián del Casal (1893)	185
Mi raza (1893)	187
El plato de lentejas (1894)	190
La verdad sobre los Estados Unidos (1894)	196
El tercer año del Partido Revolucionario Cubano (1894)	201
Manifiesto de Montecristi (1895)	207
Carta a Manuel Mercado (1895)	216

ESTUDIO PRELIMINAR

I. INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

1.1. *Semblanza biográfica*

José Julián Martí Pérez nació en La Habana un 28 de enero de 1853 y cayó combatiendo por la libertad y la justicia en Dos Ríos, localidad del oriente cubano, el 19 de mayo de 1895. Su itinerario vital es indisoluble de su obra, una de las más significativas de la literatura hispánica de todos los tiempos. Desde niño, Martí sintió pasión por la justicia social y a ella se entregó como un misionero, de ahí que se le conozca también como "El Apóstol".

Sus padres fueron Mariano Martí y Navarro (1815-1887), procedente de Valencia, y Leonor Pérez Cabrera (1828-1907), original de Santa Cruz de Tenerife, islas Canarias. José Martí sería el único descendiente varón, por lo que desde niño tuvo que ayudar a su padre como sostén económico de la familia. Un azar venturoso quiso que asistiera al colegio San Pablo, dirigido por el poeta Rafael María de Mendive (1821-1886), quien se convertiría en su maestro y se haría cargo de costear su educación.

Gracias a gestiones de su maestro y educador, en agosto de 1866 ingresa Martí en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. El 19 de enero de 1869, comenzada ya la Guerra de los Diez Años (1868-1878), el joven rebelde publica junto a su amigo Fermín Valdés Domínguez (1853-1910) sus primeros artículos políticos en el periódico *El Diablo Cojuelo*. El 23 de enero de ese mismo año se edita el único número del periódico *La Patria Libre*, donde hace público su drama en verso *Abdala*, donde se aprecia la influencia temática y formal de la pieza *Los últimos romanos* (1829), de José María Heredia (1803-1839), poeta proscrito por sus ideas independentistas.

La represión policial se agudiza. El país es un hervidero revolucionario y el maestro Mendive es encarcelado, junto a otros partidarios de

la independencia. Se producen varios registros en las viviendas de criollos simpatizantes con la causa de la emancipación. En la casa de Fermín Valdés Domínguez encuentran una carta dirigida a un condiscípulo y ex-alumno de Mendive, donde lo califican de traidor por haberse alistado en el ejército colonial. Presuntos autores del documento, Martí y Valdés Domínguez son juzgados y condenados en consejo de guerra, el primero a seis años y el segundo —perteneciente a una familia acaudalada—, a seis meses de cárcel.

El 21 de octubre de 1869, con apenas 16 años, Martí ingresa en prisión y es llevado a trabajar en las canteras de San Lázaro hasta que, gracias a las gestiones realizadas por su padre, le conmutan la condena por el destierro a España, hacia donde parte en 1871, año en que publicará su testimonio del calvario vivido, *El Presidio Político en Cuba*, su primera obra significativa en prosa, donde revela talento literario y vocación patriótica. Este será el primer hito de una larga lista de textos encaminados a la divulgación del oprobio colonial y a la sensibilización sobre la necesidad de alcanzar la independencia de Cuba.

En la Península, durante su primera deportación (1871-1874) comienza los estudios de Derecho y despliega una notable actividad propagandística, colaborando en periódicos y relacionándose con los círculos intelectuales; publica varios artículos en *La Soberanía Nacional* de Cádiz y en *La Cuestión Cubana* de Sevilla. En 1873 edita su alegato *La República Española ante la Revolución Cubana*, donde condena que la República mantenga el régimen colonial. En 1874 termina su drama *Adúltera* y se gradúa de licenciado en derecho y de licenciado en filosofía y letras. A fines de 1874 visita varias ciudades europeas, entre ellas París. Poco después viaja a EE. UU. y a México, país donde contrae matrimonio, en 1877, con Carmen Zayas-Bazán (1853-1928), joven cubana proveniente de una familia acomodada de la provincia oriental de Camagüey.

Después de varios viajes por las nuevas repúblicas de América Latina, retorna a La Habana en 1878, firmado el Pacto del Zanjón que daba fin a la Guerra de los Diez Años sin que se hubiesen alcanzado los ideales de independencia. El 22 de noviembre nace su hijo José Francisco Martí y Zayas-Bazán (1878-1945), quien despierta en él sentimientos únicos de paternidad y amor, expuestos en sus precursores versos. En La Habana, Martí no cesa en sus actividades conspirativas y funda el Club Central Revolucionario Cubano, del cual fue elegido vicepresidente

te el 18 de marzo de 1879. El Comité Revolucionario Cubano, radicado en Nueva York y presidido por el Mayor General Calixto García (1839-1898), lo nombra subdelegado en la Isla. Cuando, entre el 24 y el 26 de agosto de ese año se produce un nuevo levantamiento en las cercanías de Santiago de Cuba, el patriota es detenido y deportado nuevamente a España, el 25 de septiembre, por sus encendidos discursos en el Liceo de Guanabacoa.

La década de 1880 es capital en la vida y la obra de José Martí. Marca también el comienzo de la renovación modernista. En esta etapa escribe sus dramáticos y vanguardistas *Versos Libres*, publicados póstumamente. Durante 1881 pasa varios meses en Venezuela y escribe los dos números únicos que se editarían de la *Revista Venezolana*. Regresa a Nueva York a fines de 1881, porque el dictador del país, Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), no veía con buenos ojos al cubano amante de la libertad y presto a denunciar los oprobios contra la democracia. Desde los EE. UU. inicia su colaboración para *La Opinión Nacional* de Caracas y se empeña en organizar la que llamó “guerra necesaria” por la independencia de Cuba. Lee y escribe en varios idiomas, sobre todo en francés e inglés, y se gana la vida colaborando en los periódicos neoyorquinos *The Nto*, *The Sun* y *La América*; también será corresponsal de diferentes diarios americanos como *La Opinión Nacional* de Caracas, *El Partido Liberal* de México y *La Nación* de Buenos Aires.

Discursos, artículos y encuentros para organizar la guerra, fueron actividades mediante las cuales aunó voluntades y reunió a los cubanos emigrados dentro de clubes patrióticos que fueron la célula para la posterior fundación —el 5 de enero de 1892— del Partido Revolucionario Cubano (PRC).

En 1882 Martí es abandonado definitivamente por su esposa, quien se marcha a Cuba llevándose al hijo, destinatario de sus poemas y símbolo, para el artista, de la nueva generación de cubanos por la que se entrega a la lucha. De ahí que titulara *Ismaelillo* a su célebre poemario publicado en Nueva York en este año, el cual se considera iniciador del Modernismo hispanoamericano.

En 1885 publica en el periódico *El Latino Americano* de Nueva York, su única novela, *Lucía Jerez* o *Amistad Funesta* y continúa su labor periodística, ampliando la colaboración en diversos diarios latinoamericanos como *La América*, *El Latino Americano*, *La República* de Honduras

y *La Opinión Pública* de Montevideo. Traduce, escribe, organiza. Es un hombre múltiple, que gana amigos y trabaja incansablemente. El 16 de abril de 1887 se encarga del consulado de Uruguay en Nueva York; en septiembre termina la traducción de *Ramona*, de Helen María Hunt Jackson (1830-1885), colabora en *El Economista Americano* de Nueva York y trabaja en la traducción del poema *Lalla Rookh*, de Thomas Moore (1779-1852). El 25 de marzo de 1889 aparece publicada en *The Evening Post*, su carta "Vindicación de Cuba" en respuesta a un artículo del *The Manufacturer* de Filadelfia sobre la posible compra de la Isla por los Estados Unidos.

Su prosa ha madurado y su estilo, ya plenamente renovador y modernista, le gana epígonos y admiradores en toda Hispanoamérica, donde varios periódicos reproducían sus artículos. Durante el año de 1889 redacta íntegramente los cuatro números de su revista dedicada a los niños, *La Edad de Oro*, donde con una soltura asombrosa se mueve de la lírica al ensayo, la narrativa y el artículo de divulgación.

Como periodista cubrió la Conferencia Internacional Americana de 1889, y trascendiendo la mera reseña denuncia los planes imperialistas de los Estados Unidos de América para con las naciones hispanoamericanas. Agotado y atribulado por las incomprendiones, siguiendo una indicación médica se refugia en las montañas de Catskill, en las cercanías de Nueva York. A su obligado reposo debemos la escritura de los autobiográficos y renovadores *Versos sencillos*. En 1890 es nombrado cónsul de Argentina y de Paraguay en Nueva York; y asiste como representante de Uruguay a la Comisión Monetaria Internacional Americana de Washington, donde su intervención frustra el plan norteamericano de una moneda continental.

Entregado más que nunca a la organización de la guerra de Cuba, porque considera que la poderosa nación del norte podría apoderarse de las Antillas y utilizarlas para extender su dominio sobre el continente, en octubre de 1891 renuncia a sus cargos de cónsul de Argentina, Uruguay y Paraguay, así como a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispano-Americana. Publica sus *Versos Sencillos* y el ensayo "Nuestra América", profundo análisis de la región y llamado a la unión para enfrentar al "gigante de las siete leguas".

Invitado por los patriotas cubanos exiliados en Tampa, el 26 de noviembre de 1891 pronuncia el discurso conocido por el título de "Con

todos y para el bien de todos", en que patentiza su ideal justiciero y democrático. Al año siguiente, en reunión de presidentes de las agrupaciones patrióticas de la emigración, se aprueban las bases y estatutos del Partido Revolucionario Cubano, que se funda con el objetivo de organizar la guerra. En Nueva York funda también el periódico *Patria*, órgano del Partido, que aparece el 14 de marzo de 1892 y desde cuyas páginas intensifica su labor propagandística para el estallido de la revolución.

Por entonces se reúne con los caudillos de la Guerra de los Diez Años, los generales Máximo Gómez (1836-1905) y Antonio Maceo (1845-1896), a quienes convence de participar en la nueva contienda. El 29 de enero de 1895, firma la Orden de Alzamiento en Cuba y el 25 de marzo redacta "El Manifiesto de Montecristi", programa ideológico de la revolución, suscrito por él y por Máximo Gómez en Cabo Haitiano, desde donde parten hacia Cuba.

Su diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* describe los pesares del Apóstol en sus últimos meses de vida, cuando logró su anhelo de reunir a sus compatriotas para la lucha, para la "guerra sin odio", que liberaría a Cuba de la esclavitud y a España del oprobio del colonialismo. Desembarcó en la pedregosa Playita de Cajobabo, en la oriental provincia de Guantánamo, para incorporarse enseguida al combate y el 15 de Abril de 1895, los veteranos de la Guerra del 68 lo nombran Mayor General del Ejército Libertador.

Organiza el combate, concede entrevistas, escribe entregado a la causa independentista y transparente en su diario la satisfacción porque al fin ha logrado desencadenar la contienda, aunque asimismo la angustia por haber arrastrado a su pueblo a una guerra... El 19 de mayo de 1895, dejando inconclusa la célebre carta a su amigo mexicano Manuel Mercado (1838-1909), José Martí, el Apóstol, el deslumbrante escritor que tanto influyó en Rubén Darío (1867-1916) y en la literatura hispanoamericana del siglo XX, moría luchando "con los pobres de la tierra", a los cuarenta y dos años de edad.

1.2. Su generación, el Modernismo y la prosa ensayística

La generación de José Martí es la primera del Modernismo en Hispanoamérica, la que protagoniza una renovación artístico-literaria que saca al castellano del retoricismo y la vaciedad, haciéndolo contemporá-

neo y universal. De esta revolución que trasciende su época, fue iniciador José Martí, junto al mexicano Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) y a otros escritores, como el peruano Manuel González Prada (1844-1918), el nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), el cubano Julián del Casal (1863-1893) y el colombiano José Asunción Silva (1865-1896).

La literatura rutinaria, tradicionalista y anémica de valores poéticos que se estilaba en España y América quedó transformada para bien desde la original y contemporizadora renovación que propagó Darío y que inició José Martí. El cubano entró en contacto con los escritores franceses cuando ya había asimilado los valores de su lengua y leído abundantemente a los clásicos españoles, de los cuales toma la corrección formal, el valor del ritmo en prosa y en verso y el flujo discursivo. De manera que incorporó sin calco, sin incurrir en galicismos o adular la expresión castellana, la prosa artística, colorida y musical de los escritores galos de su época. En sus artículos periodísticos, Martí flexibilizó la sintaxis tradicional, enriqueció el léxico con vocablos necesarios y convirtió sustantivos y adjetivos en verbos, pero desde las leyes del idioma materno. Gabriela Mistral explicó al respecto en su ensayo *La lengua de Martí*¹ cómo el autor de los *Versos Sencillos* creaba palabras cuando eran necesarias para dotar al idioma de mayor ductilidad y sugerencia.

En fecha tan temprana como el año 1881, en su ensayo "El carácter de la *Revista Venezolana*", Martí defiende el estilo poco funcional y de alto vuelo artístico que empleaba en la publicación fundada y dirigida por él en Caracas. Este editorial, escrito como en un raptó a partir de las críticas recibidas por los tradicionalistas y provincianos de la palabra, fue considerado por Manuel Pedro González (1893-1974) como "la Carta Magna del Modernismo"² por su carácter de manifiesto y proclama de la nueva estética, de la revolución que iría ganando terreno más allá de la literatura, dinamitando el arte y la concepción social. Sin embargo, el autor de "Nuestra América" no solo fue un gran escritor y un artista cimero, sino también un pensador y un patriota. Por eso algunos escritores de su generación no comprenden hasta bien entrado el siglo XX el significado de su muerte en la manigua cubana.

¹ Gabriela Mistral: *La lengua de Martí*, La Habana, Secretaría de Educación, 1943.

² Iván Schulman y Manuel Pedro González: *Martí, Darío y el Modernismo*, Ed. Gredos, Madrid, 1974, p. 91.

La década de 1880 marca la madurez estilística de José Martí, quien con sus artículos publicados en los más importantes diarios de América adelanta la renovación de la prosa en Hispanoamérica e influye en los autores de su época, transmitiéndoles la nueva estética, que Rubén Darío denominó más tarde "modernista". En 1882, escribe Martí el "Prólogo al Poema del Niágara" (1882), de Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892), donde define los rumbos nuevos del arte en Hispanoamérica; también publica su paradigmático cuaderno de versos *Ismaelillo*, en el que ensaya nuevos recursos expresivos, devuelve a la palabra su sabor etimológico y al verso en lengua española lirismo y naturalidad.

Pero el Modernismo martiano no se circunscribe al aspecto formal o meramente lingüístico, ya que supone un cambio de sensibilidad, de interacción del arte con el mundo. Lo novedoso del Modernismo, que no solo afecta a la literatura sino al pensamiento filosófico, la política y la estructuración social contemporáneas, fue avizorado por José Martí en 1882 cuando definía la época ("en todas partes") como "de reenquiciamiento y de remolde" y expuso que el "siglo pasado aventó, con ira siniestra y pujante, los elementos de la vida vieja" mientras que el nuevo siglo, "que es de detalle y preparación" acumulaba "los elementos durables de la vida nueva".

Su prosa periodística, que le gana admiradores por su excelencia, dota al idioma de una riqueza estilística y una profundidad ideológica inusitadas; descubre al escritor preocupado por enriquecer el lenguaje y sus recursos; y al pensador que diagnostica su presente y avizora el futuro. Con su estilo dinámico, abrupto, impresionista unas veces, otras rayanas en el expresionismo, nervioso como él mismo, eleva al periodismo a verdadero arte literario y dota al idioma castellano de una sintaxis y una tropología deudoras de la parnasiana y simbolista, pero respetuosas de las esencias rítmicas y gramaticales de la lengua de Cervantes. Su prosa jamás deja de ser artística, de presumir de su riqueza y perfección formal, originalidad léxica y melódica, y tampoco carece del fondo ideológico. Aborrecía Martí de los recipientes vacíos o que rivalizaran con la belleza natural de la flor, que debían lucir ante todo; de ahí que no fuera un escritor empeñado en fraguar una literatura preciosista o esteticista sino un comunicador que aprovechaba el idioma y sus múltiples recursos para iluminar y conmover.

Asimiló Martí las influencias culturales, filosóficas y literarias, europeas y americanas, como lector de varias lenguas y hombre interesado, e informado, en los avances de la ciencia y en el progreso social. Su pensamiento demuestra el eclecticismo y la integración de corrientes espiritualistas y positivistas, de ahí su pragmatismo y su fe, integrados en su cosmovisión y conformadores de sus ideales democráticos y revolucionarios. Creyó en la justicia social y en la libertad del individuo, y deseó una República donde la individualidad no fuera anulada. Sus crónicas periodísticas, pioneras en la renovación modernista del idioma español, alcanzan jerarquía artística y son el precedente en la profesionalización como escritores de los poetas de su generación. Algunas de sus crónicas y artículos trascienden el contexto que los inspira y se convierten en pretextos para el esbozo de sus ideas estéticas y sociales. Su prosa reflexiva o ensayística, impresionista, intuitiva y poética, explicita una poética propia y también generacional. Sin embargo, esta dualidad de ideólogo revolucionario y artista innovador, no fue apreciada, por sus contemporáneos y tardaría décadas en ser descubierta. Unos conocían al Martí orador y patriota, otros al escritor y periodista. Su muerte en la guerra de Cuba contribuyó también a que se le limitara a la definición de revolucionario luchador por la independencia de Cuba, sin advertir su multiplicidad y la ligazón existente entre su obra artística y su obra social y patriótica.

Por demás, entregado a la causa de la justicia social, Martí descuidó la edición de sus escritos, que subordina a su apostolado revolucionario. Consciente de que no habría arte o literatura donde tampoco la identidad o la soberanía eran seguras, se plantea la misión de salvaguardar la independencia económica, política y cultural del continente americano, como única posibilidad de resistencia ante los intereses expansionistas del naciente imperialismo del norte. En "El carácter de la *Revista Venezolana*" dejó claro que la carencia de un arte propio es indicador de la carencia de una cultura, una identidad; y en sus cuadernos de apuntes leemos: "No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya -Hispanoamérica." El desempeño político de José Martí, por tanto, no puede desligarse de su labor como hombre de letras. El Modernismo que inició tampoco puede restringirse a la renovación formal del arte hispánico.

Martí no escribió "ensayos" –en el sentido que le daba al género Montaigne³–, aunque sobresale como uno de sus máximos exponentes de la prosa reflexiva en la lengua española. Si entendemos por "ensayo" aquel discurso empeñado en transmitir ideas de forma elocuente y convincente, encaja en el género la casi totalidad de su prosa presente en artículos, discursos, cartas, manifiestos y documentos de diferente índole, redactados con la voluntad común de construir un discurso descolonizador y refundador. Pese a la diversidad de su obra y a que demostró dominar casi todos los géneros, prefirió la prosa reflexiva a la ficción, ya que en sus textos divulgativos o ensayísticos podía exponer los peligros que se cernían sobre América y movilizar conciencias. Apenas escribió obras de ficción y sus versos fueron ocasionales, escritos siempre en los momentos de mayor desasosiego existencial, como una necesidad, como un bálsamo para su espíritu mártir, escritos como en ensimismamientos, siempre al margen del trabajo divulgativo desplegado en su prosa, a instancias de lo que él creía esencial.

Azuzado por su tiempo y por sus ideales, privilegia el cultivo de la prosa ensayística, que considera útil por su papel movilizador de la conciencia social, lo que explica su amplio empleo de la oratoria y el periodismo. Ideólogo de la emancipación sin odios, de la utopía americana de la Modernidad, modela en su obra la fisonomía ideal de la patria, que debía pasar de colonia a república democrática y próspera, "con todos y para el bien de todos". Y es que el estilo de Martí prevalece más allá de las imprescindibles adecuaciones genéricas e incluso de la identidad del destinatario de sus textos, desde sus cartas hasta las crónicas, discursos y manifiestos. La prosa, cuidada y reflexiva, con que analiza cuestiones trascendentes para la seguridad de América y para

³ En sus *Essais* (1580), el estilista francés considerado padre del género, Miguel de Montaigne (1533-1592), ofreció una definición de su método de escritura y acotó: "Estas son mis fantasías, por las cuales intento dar un conocimiento no de las cosas, sino de mí mismo". Definir al ensayo es difícil como no sea en tanto género de libertad, dado en transmitir ideas de forma elocuente. Alfonso Reyes (1889-1959), definía al ensayo como el "centauro de los géneros", puesto que en él "hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al etcétera." Por su parte José Ortega y Gasset (1883-1955), lo definía como "la ciencia, menos la prueba explícita", llamando la atención sobre sus valores añadidos en relación con otras formas discursivas menos aptas para la cientificidad.

el porvenir de la región, tiene preponderancia en su creación literaria. Abundan en ella los apotegmas o aforismos, las ideas sobre el presente y el porvenir de América, de gran hondura, plasticidad y belleza gracias al lenguaje tropológico. Deudor del barroco, yuxtapone ideas y símbolos, crea imágenes cromáticas y un discurso en general aforístico, sugerente y de múltiples connotaciones semánticas, preocupado de la musicalidad y el ritmo. Usa oraciones largas, desea reinventar la puntuación (y ampliarla) para llevar a sus escritos las intenciones y matices que descubre en las frases, briosas o armoniosas, según el *tempo* que desea transmitir. En sus trabajos periodísticos, discursos y cartas, encaminados a movilizar conciencias, a convencer y sumar adeptos, despliega un amplio repertorio de recursos retóricos y literarios, en función de sus intereses de comunicación.

Martí, en la crítica literaria, a veces olvida intencionalmente el objeto de su análisis, para reflexionar sobre otros elementos que le interesan (la época, el nuevo arte, la democracia). Aunque el método que prevalece consiste en alabar lo que considera más meritorio y callar los defectos para estimular los potenciales valores que atesoraba la obra en ciernes. No obstante, paradigmas de este género y de su estilo se revelan los ensayos sobre Whitman, Emerson o Heredia, donde hace balance lúcido e imparcial de sus creaciones. Y entre los más notables resalta también el que escribe sobre la exposición de los impresionistas franceses, en el cual evidencia su fervor por el arte moderno y sintetiza las características del por entonces naciente movimiento pictórico.

En fin, Martí, aunque no es sistemático en la exposición de su pensamiento avizoró los cambios sociales y culturales de una Era en la que el capitalismo pasaba a la fase imperialista, una época que él supo describir con sus matices y contradicciones. En su caso, la nueva ideología también se acompaña de una estética moderna, una literatura más dinámica y llamativa que la agotada por demasiada copia romántica o calco de modelos culturales europeos.

1.3. La nueva estética modernista y sus ensayos artístico-literarios

En el texto conocido como "Propósitos" o "El carácter de la *Revista Venezolana*" (1881), José Martí adelanta su definición de la literatura que paso a paso se imponía en Hispanoamérica, una estética según él

ligada a la época, comprometida con un tiempo de cambio y reestructuración social. Este ensayo forma parte de su voluntad descolonizadora y avisa de la necesidad de ser originales en la construcción de un mundo nuevo, con los elementos heredados de la colonia. Avizora, sobre "las ásperas y calientes ruinas de la época pasada, los tiempos admirables y gloriosos que los enérgicos ingenios y elementos robustos de este pueblo anuncian". Alerta que "es fuerza ir haciendo con mano segura atrás todo lo que estorba, y adelante a todo lo brioso y nuevo que urge", que es "época de incubación y de rebrote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos como a tientas en busca de los nuevos". Advierte a los conservadores, "poseedores de la excesiva instrucción literaria que heredamos de la colonia perezosa", (copiadores de modelos foráneos) que "es preciso derribar, abrirse paso entre el derrumbe, clavar el asta verde, arrancada al bosque virgen y fundar".

El texto, que se presenta como definición de una política cultural aplicable a la *Revista Venezolana*, puede entenderse asimismo como un resumen de la idea martiana de la América nueva. Según dice, el propósito de la publicación es "dar aposento a toda obra de letras que haga relación visible, directa y saludable con la historia, poesía, arte, costumbres, familias, lenguas, tradiciones, cultivos, tráficos e industrias venezolanas". Pero enseguida apunta: "Quien dice Venezuela, dice América: que los mismos males sufren, y de los mismos frutos se abastecen, y los mismos propósitos alientan el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de México al Apache indómito, y el que en tierras del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada del Arauco". Su americanismo es patente en estas declaraciones, fundamentales también para el desarrollo del Modernismo hispanoamericano, ya que igualmente aquí delimita su estilo, ceñido a la realidad del Continente, aunque deudor de la cultura universal que nos engendra y fertiliza.

La frágil independencia política de las naciones hispanoamericanas debía afianzarse con una cultura autóctona, genuina, digna de la hazaña histórica de América. La nueva literatura debía reaccionar contra el desaliño y la falta de originalidad del romanticismo, tan común en las publicaciones de entonces. Defiende que "el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use colores, y el otro no". Y puntualiza: "Que la sencillez sea condición recomendable no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno". Sabe que

se le tachará de “arcaico” y de “neólogo”, pero “usará de lo antiguo cuando sea bueno, y creará lo nuevo cuando sean necesario: no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué ajar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas”. Finaliza con un reclamo universalista que caracteriza su obra literaria y vital, el derecho a “lo grande”. Y es que para Martí ninguna geografía es marginal, siempre que sintamos que allá donde vaya el hombre late el universo. Con él reinaba la sencillez, pero también la grandeza y la majestad de quien se sabe destinado a una obra magna. Este derecho es siempre un llamado a la independencia cultural, a “la descolonización” que gracias al Modernismo conquistó Nuestra América.

Capital para entender su concepción ideo-estética resulta el “Prólogo al *Poema del Niágara*” (1882), escrito como presentación del libro compuesto por su amigo venezolano José Antonio Pérez Bonalde (1846-1893), exiliado como él en Nueva York por oponerse al dictador de su país Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), presidente de Venezuela desde 1870 hasta 1888. El texto, escrito por Martí para complacer al amigo que había conocido en Caracas y a quien apreciaba, rebasa los propósitos de la reseña y se convierte en un agudo análisis de la época, una crítica a la dictadura y un manifiesto del Modernismo hispanoamericano. Más que el poema de Pérez Bonalde, analiza Martí los nuevos tiempos y el reto que suponen para el arte (“¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneración de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía a ser sacerdotes!”). Ese “sacerdocio” que reclama para los poetas, fue el primero en ponerlo en práctica, y no solo en su obra escrita. El texto de Martí es agudo y profético en numerosos sentidos. Desde el punto de vista ideológico recaba en la necesidad de refundación y promulga su fe en el porvenir, ya que para él: “No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbrense apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques”. La dinámica contemporánea es definida por el ensayista, que por propia experiencia sabe que el ritmo de los tiempos impide la creación pausada de “luengas y pacientes obras”, “aquellas celosas imitaciones de gentes latinas que se escribían pausadamente”, cuando el orden del mundo era aceptado sin discusión y el espíritu no tenía el desasosiego del presente, en el tiempo pasado, cuando “el

buen rey daba la ley, y la madre Iglesia abrigo y sepultura”. Los nuevos tiempos se anuncian turbulentos y el artista no está fuera de su circunstancia sino que es afectado por ella, que determina la naturaleza de su obra. Sabe que “Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; este es el tiempo de las vallas rotas”. Su obra, circunstancial, determinada por los vaivenes de la vida, poco sistemática, es hija de esta etapa desasosegada y de aceleración, que también define con algo de pesadumbre: “No alcanza el tiempo para dar forma a lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental, como cuando una piedra hiere el agua azul, se pierden unos en otros los círculos del agua”.

La socialización de la cultura y el acceso masivo al conocimiento, sin embargo, posibilita una participación mayor de todos. Esta es época en que “Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realizaban antes tanto su estatura”. Por primera vez: “Asístase como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo”.

El término “moderno” es empleado ya por él para catalogar a los nuevos poetas (“bardos modernos”), que no se alquilan a la corte. Dice que la mujer está “como sacada de quicio y aturdida” y “los dioses de los bosques hablan todavía la lengua que no hablan ya las divinidades de los altares”. Época de nuevo renacimiento, de humanismo al cabo de la máquina y la tecnología, de las cuales no debe enajenarse el artista. “En este cambio de quicio a que asistimos, y en esta refracción del mundo de los hombres, en que la vida nueva va, como los corceles briosos por los caminos, perseguida de canes ladrones; en este cegamiento de las fuentes y en este anublamiento de los dioses”. Pide a los poetas: “¡vacíen de sus copas de preciosas piedras el agrio vino viejo, y pónganlas a que se llenen de rayos de sol, de ecos de faena, de perlas buenas y sencillas, sacadas de lo hondo del alma, —y muevan con sus manos febriles, a los ojos de los hombres asustados, la copa sonora!” En este ensayo, Martí incluso expone los que considera asuntos de la nueva lírica: “la vida personal ntologa, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbérica; la vida íntima febril, no bien enquiciada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna”.

La libertad para la creación queda también determinada por la libertad política y espiritual, asunto a que Martí se refiere en el texto, que más allá de su objeto, define su tiempo. La “redención” a que el hombre está llamado en la modernidad es la espiritual, una vuelta a sí mismo, fuera de las religiones y los regímenes políticos. Aclara: “Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos [...]. Solo lo genuino es fructífero. Solo lo directo es poderoso”. El final del ensayo, estalla en un llamado a la adánica rebelión: “caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto”.

En otros textos que reunimos en este libro, evidencia Martí su preocupación por la cultura de América y por el arte universal, que debía nutrir las raíces de las creaciones de la región, sin que se cambiara el sabor propio al “producto” artístico hispanoamericano. Paradigma en su deseo de canonización de los exponentes de la identidad americana es el texto “El *Popol Vuh* de los quichés” (1884), reseña de la *Historia de la América Central* (1879), del guatemalteco José Milla y Vidaurre (1822-1882), uno de los fundadores de la novela en la literatura de su país natal, quien recoge la cosmogonía referida en *El Popol Vuh* o *Popol Wuj* (“*Libro del Consejo*” o “*Libro de la Comunidad*”), una recopilación de las leyendas del Quiché, Reino de la civilización Maya situado en Guatemala y parte de México y Centroamérica. Este libro, que para Martí es la Biblia de los latinoamericanos, compendia, por tanto, historias y leyendas precolombinas y trata de explicar el origen del mundo, la civilización y los diversos fenómenos que ocurren en la naturaleza según estas culturas. En su comentario del argumento y los mitos del *Popol Vuh*, afirma Martí: “La cosmogonía de los quichés, según se encuentra expuesta en las primeras páginas del *Popol Vuh*,) no carece de grandeza”. Y a exaltarla, como exponente de la cultura que existía en América antes del arribo de los colonizadores, dedicó su artículo, fundador del indigenismo moderno.

“Nueva exhibición de los pintores impresionistas” (1886) revela la hondura crítica de José Martí. En una etapa en que el “impresionismo”

comenzaba a abrirse paso y era más criticado que elogiado, él no duda en exaltar las obras que tanto escándalo motivaban, aunque anotando lo que considera limitaciones de la nueva estética. Elogia la ruptura con la Academia y su acierto en tomar como modelo a la naturaleza: “Lo que los pintores anhelan, faltos de creencias perdurables por qué batallar, es poner en el lienzo las cosas con el mismo esplendor y realce con que aparecen en la vida”. Define: “Quiéren pintar en el lienzo plano con el mismo relieve con que la Naturaleza crea en el espacio profundo”. Eso que la Naturaleza crea en el paisaje campestre o urbano, que el ojo aprecia de modo diferente dependiendo de la “hora transitoria” y los “efectos caprichosos” de “la caricia de la luz”. Simpatizante del arte nuevo, Martí sintetiza su crítica con la expresión: “Quiéren pintar como el sol pinta, y caen”.

Sus ensayos sobre Emerson, Oscar Wilde y Whitman no solo expresan los juicios críticos de Martí sobre estas figuras con las cuales tiene sintonías ideoestéticas, sino que también le sirven para exponer su ideario y su poética. Particularmente en su ensayo “El poeta Walt Whitman” (1887), dedicado como indica no al hombre ni al ideólogo yanqui, sino al “poeta” Walt Whitman (1819-1892), revela la comprensión de la obra del norteamericano en su carácter innovador. El autor de *Canto a mí mismo* (1855), influyó no solo en Martí sino en toda su generación, que descubre en él la soltura y majestad del verso libre. Darío supo de este autor por el ensayo martiano, ampliamente difundido, y la estampa que de él hace en su soneto a Whitman está determinada por la descripción que ofrece el cubano en las líneas iniciales de este trabajo. Para Martí la poesía permitía un conocimiento otro, complementario, de la realidad y los misterios del universo, y a propósito de su valoración de la lírica del norteamericano, expone su idea de que la poesía podía intervenir en la sociedad, transformándola: “¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara”. En la poesía aparecen las formas de la vida nueva, el culto a la naturaleza y a la libertad, de ahí que para él la modernidad de la poesía sea la expresión de una nueva religiosidad humana: “Creáis la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente,

deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del Universo”.

El estilo épico-lírico o poético-narrativo de Whitman, es descrito acertadamente por el cubano, que también comenta la extensión innovadora de sus versos, su canto a una espiritualidad libre de dogmas y preceptos, a la democracia, la vida agreste, el trabajo y el progreso de su patria. Descubre que “habla en versículos, sin música aparente, aunque a poco de oírla se percibe que aquello suena como el casco de la tierra cuando vienen por él, descalzos y gloriosos, los ejércitos triunfantes”. Sus temas son los que le dicta la vida contemporánea, por eso Martí elogia su genio para anudar ideas trascendentes sin que la frase pierda “su movimiento rítmico de ola”. Liberado de las ataduras de la métrica, “dueño seguro de la impresión de conjunto que se dispone a crear, emplea su arte, que oculta por entero, en reproducir los elementos de su cuadro con el mismo desorden con que los observó en la Naturaleza”. En sus versos dispares hay un orden rítmico y una coherencia temática, porque Whitman retrata mediante la acumulación de elementos, insinuando, poetizando la realidad y anunciando los tiempos que vendrán, con “el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía”.

A la otra parte del Hemisferio, que llamó “nuestra”, pertenece José María Heredia (1803-1839), a quien otorga Martí el título de Primer Poeta de América por sus volcánicos versos y porque fue el primero de los hispanoamericanos en fraguar una obra original, digno reflejo de nuestra identidad. A su figura, contradictoria y romántica, dedica Martí un ensayo y un discurso, ambos titulados “Heredia”, donde define insuperablemente “lo ntologa” o herediano, anotando minuciosamente los aciertos y defectos de su poesía. Recogemos aquí el discurso, pronunciado por Martí el 30 de noviembre de 1889, en el Hardman Hall de Nueva York, en un acto para homenajear al “Poeta del Niágara”. Por su carácter reflexivo y valorativo, este texto puede considerarse uno de sus estudios más relevantes. Heredia fue su modelo de poeta, entregado como él a la causa de la libertad, por la que debió sufrir el exilio y morir lejos de su patria.

También hijo de la América hispana y de Cuba, el bardo modernista Julián del Casal, será objeto de su reflexión ensayística. En el texto publicado con el título de “Julián del Casal” y escrito por Martí como obituario del poeta fallecido prematuramente, analiza la obra de uno de

los representantes de la nueva estética literaria que, contrario a sus propios gustos e intereses, se inclina hacia la vertiente formalista. Publicado en el periódico *Patria*, el artículo sobre el bardo habanero pretendía exaltar un valor de nuestra cultura, lo que sumado al hecho del reciente fallecimiento de Casal, determina que la crítica sea mesurada, sin que por ello deje de señalar las debilidades de una obra demasiado exotista y evadida de la realidad para su gusto: “De él se puede decir que, pagado del arte, por gustar del [arte] de Francia tan de cerca, le tomó la poesía nula, y de desgano falso e innecesario, con que los orífices del verso parisiense entretuvieron estos años últimos el vacío ideal de su época transitoria”, Ahora bien, a Martí no se le escapa que Casal pertenecía a esa generación de artistas que asume la creación de un modo diferente y renovador: “Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura”. Definitivamente ha pasado el tiempo en que la tradición y la academia, la colonia y las imitaciones, obligaban a los creadores hispanos al papel de segundones. La nueva generación literaria “es como una familia” y aunque “princió por el rebusco imitado, está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo”. En Casal y en los nuevos poetas Martí vislumbra un verso “hijo de la emoción”, “fino y profundo, como una nota de arpa”. A los jóvenes autores pide que no se diga “lo raro”, sino “el instante raro de la emoción noble o graciosa”.

1.4. Ideas sociales

Las ideas sociales de José Martí están muy ligadas a su ideario político de emancipación y justicia. El alegato “La República española ante la Revolución cubana” (1873), escrito por el joven desterrado en España, es básico en su trayectoria revolucionaria, ya que en este documento intenta sensibilizar al pueblo español, y sobre todo a sus republicanos, de la necesidad honorable de dar término al colonialismo de forma pacífica y en cumplimiento de un deber moral. Con agudeza, señala: “Si la libertad de la tiranía es tremenda, la tiranía de la libertad repugna, estremece, espanta”, y le resulta éticamente inconcebible que la República, que se alza liberándose de la tiranía monárquica, mantenga la do-

minación sobre sus colonias: “¿Cómo ha de haber republicano honrado que se atreva a negar para un pueblo derecho que él usó para sí?”. Sus argumentos son irrefutables, elocuentes, dignos de la mejor oratoria y de la más brillante prosa ensayística. Pero si no fuera suficiente el criterio moral, también acude a razones prácticas, ya que la rebeldía de Cuba estaba siendo demostrada en una guerra que parecía interminable y que enfrentaba a criollos y españoles que sin embargo podían tener el mismo ideal justiciero: “¿No espantará a la República española saber que los españoles mueren por combatir a otros republicanos?”. No ignora, en cambio, que el pueblo español estaba opuesto a conceder la libertad a las colonias, porque las consideraba parte de su territorio, de ahí que entienda que sea un reto para el gobierno republicano tomar una medida que podía ser impopular pero muy necesaria, porque si no se concedía a las colonias su derecho a la independencia estas lucharían y la alcanzarían, con el consiguiente derramamiento de sangre hermana. El alegato es su llamado pacífico, razonado, a la justicia; igualmente el anuncio de un objetivo vital por el que el que ofrendaría su vida. Martí pidió a España “el valor de ser gloriosa”, pero sus razones fueron desoídas. Sin embargo, en este ensayo, clave en su pensamiento político, a pesar de su juventud deja ya muy claros sus ideas y propósitos: “Cuba quiere ser libre. —Y como los pueblos de la América del Sur la lograron de los gobiernos reaccionarios, y España la logró de los franceses, e Italia de Austria, y México de la ambición napoleónica, y los Estados Unidos de Inglaterra, y todos los pueblos la han logrado de sus opresores, Cuba, por ley de su voluntad irrevocable, por ley de necesidad histórica, ha de lograr su independencia”.

Como parte de su preocupación por el porvenir de América y consciente de la necesidad de llevar la cultura y el progreso a cada rincón, en el artículo “A aprender en las haciendas” (1883) propone Martí un sistema de enseñanza ligado al campo, en momentos en que el desarrollo tecnológico se limitaba a las industrias y a las ciudades. El campo, como fuente productora de alimentos y de riqueza, no debe descuidarse, por eso replica: “Se mandan aprendices a los talleres de maquinaria, en lo que se hace bien: mándense, en lo que se hará mejor, aprendices a las haciendas”.

Preocupado por la alfabetización del pueblo trabajador, Martí escribe también “Maestros Ambulantes” (1884) y propone llevar al labran-

tío a maestros que enseñen cosas prácticas relacionadas con el contexto y promuevan el deseo de adquirir cultura. La enseñanza debía cambiar y adecuarse al medio y a las necesidades de los hombres. Entiende que el campesino no puede abandonar su consagrada faena para aprender “los cabos y los ríos de las penínsulas del África” o “proveerse de vacíos términos didácticos”. Propone “la religión nueva y los sacerdotes nuevos”, que esparzan la religión de “la época nueva”, que debe ser la instrucción. Abandonar a los campesinos sería un suicidio para la sociedad y para el progreso, porque: “Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa, y de donde se reparte la sangre, está en los campos. Los hombres son todavía máquinas de comer, y relicarios de preocupaciones. Es necesario hacer de cada hombre una antorcha”. Su propuesta concreta es llevar el maestro al sembradío y con él la instrucción práctica el “modo sencillo de cultivar la planta que ellos con tanto trabajo venían explotando”. Los misioneros de la instrucción, que Martí también llama “propagadores”, tendrían el reto de abrirles el apetito del saber. Su tesis es la de enseñar lo necesario para hacer mejor la vida, no importa si en el campo o en la ciudad: “Y en campos como en ciudades, urge sustituir al conocimiento indirecto y estéril de los libros, el conocimiento directo y fecundo de la naturaleza”. La correcta formación es imprescindible en los tiempos que corren y la cultura le parece una forma de libertad. Suscribe: “Ser culto es el único modo de ser libre”.

Otros temas de índole socio-política aborda en el artículo “La futura esclavitud” (1884), donde reseña las ideas expuestas por el filósofo y sociólogo británico Herbert Spencer (1820-1903) en una recopilación de cuatro trabajos publicados en 1883 y que conformarían su libro *El individuo contra el Estado* (*The man versus the State*, 1884). Algunos han visto en este trabajo una oposición martiana al socialismo como sistema social, sin embargo lo que hace el Apóstol, tan cercano a la causa de los oprimidos, es una crítica al texto de Spencer, con el cual disiente y al que sin embargo da la razón en su temor al peligro de un Estado con dominio absoluto, a una acción dominante del Estado que afecte el flujo de producción y el ordenamiento democrático de la sociedad.

El trabajo es para el ideólogo cubano la única fuente de riqueza válida y la acción del individuo imprescindible para dinamizar la economía. Por eso, consciente de que “si llegare la benevolencia a tal punto

que los páuperos no necesitasen trabajar para vivir –a lo cual jamás podrán llegar– se iría debilitando la acción individual, y gravando la condición de los tenedores de alguna riqueza, sin bastar por eso a acallar las necesidades y apetitos de los que no la tienen”. Se opone también a la creación de una “casta de funcionarios”, salidos de las entrañas de la sociedad pero que suelen enajenarse de ella y convertirse en parásitos dispuestos a defender sus privilegios a toda costa, y alerta: “¡Mal va un pueblo de gente oficinista!”. Esta “casta” nueva e inescrupulosa, adquiriría un poder sin límites en una sociedad donde el Estado monopoliza el gobierno, y lejos de representar al pueblo, lo explotaría para mantener sus beneficios. Martí plantea que “el hombre que quiere ahora que el Estado cuide de él para no tener que cuidar él de sí” mismo, tendría que trabajar “en la medida, por el tiempo y en la labor que pluguiese al Estado asignarle”. Y advierte: “De ser siervo de sí mismo, pasaría el hombre a ser siervo del Estado. De ser esclavo de los capitalistas, como se llama ahora, iría a ser esclavo de los funcionarios”.

El otro peligro de un sistema social en que el Estado ostente el poder absoluto, lo descubre en el propio hombre, porque “como los funcionarios son seres humanos, y por tanto abusadores, soberbios y ambiciosos, y en esa organización tendrían gran poder, apoyados por todos los que aprovecharan o esperasen aprovechar de los abusos” tal “sistema de distribución oficial del trabajo común” en poco tiempo podría sufrir “los quebrantos, violencias, hurtos y tergiversaciones que el espíritu de individualidad, la autoridad y osadía del genio, y las astucias del vicio originan pronta y fatalmente en toda organización humana”. Su análisis, que mantiene plena vigencia, no le impide finalizar el ensayo con un llamado a luchar contra la injusticia de una sociedad capitalista desdeñosa de los pobres y los explotados, aún a riesgo de equivocarse la senda: “Nosotros diríamos a la política: ¡Yerra, pero consuela! Que el que consuela, nunca yerra”.

Su deseo de hallar consuelo a los males del mundo, conduce a Martí al enfrentamiento con el imperialismo. La Norteamérica de fines del siglo XIX manifestaba sus apetencias expansionistas hacia América y las Antillas. En el debate sobre lo que podía resultar más conveniente para los EE. UU. que agitó a la prensa de entonces, interviene Martí con un ensayo escrito y publicado originalmente en inglés, que tituló “Vindicación de Cuba” (1889). El texto apareció en el diario neoyorquino *The*

Evening Post, el 25 de marzo de 1889, como réplica a lo expuesto en los periódicos *The Manufacturer*, de Filadelfia, el 16 de marzo de 1889, y *The Evening Post*, de Nueva York, el 27 de marzo del mismo año. Estos tres artículos fueron luego traducidos y publicados por el propio Martí en el folleto *Cuba y los Estados Unidos*, editado en abril de 1889. El artículo aparecido en *The Manufacturer*, llevaba por título “¿Queremos a Cuba?” y fue ampliado cinco días más tarde por *The Evening Post*, de Nueva York, como “Una opinión proteccionista sobre Cuba”. En dicho texto se daba una visión parcial y discriminadora de la patria de Martí, por lo que él escribe en su defensa. Su enérgica respuesta no solo condena a quienes tachaban a los cubanos de “ineficaces” en su lucha por la independencia, sino que armado con la propia historia de los EE. UU. les recuerda que mientras a los cubanos nadie les respalda en su causa de emancipación, los norteamericanos deben en parte su independencia a la participación de elementos externos interesados en ella. Señala con amargura: “Nosotros no teníamos hessianos ni franceses, ni Lafayette o Steuben, ni rivalidades de rey que nos ayudaran”, aludiendo a la intervención de potencias extranjeras en la guerra civil americana y a la participación de soldados alemanes mandados por los británicos para luchar contra los independentistas norteamericanos comandados por George Washington (1732-1799); y a la decisiva ayuda prestada a los rebeldes por el Marqués de La Fayette (1757-1834) y el barón von Steuben (1730-1794) quienes contribuyeron a la victoria revolucionaria pese a la demostrada incompetencia militar de Washington, que perdió una batalla tras otra y a punto estuvo de perder incluso Filadelfia, su capital.

“Nosotros caímos víctimas –dice Martí– de las mismas pasiones que hubieran causado la caída de los Trece Estados, a no haberlos unido el éxito, mientras que a nosotros nos debilitó la demora”, esta “demora” no fue causada por la cobardía “sino por nuestro horror a la sangre, que en los primeros meses de la lucha permitió al enemigo tomar ventaja irreparable, y por una confianza infantil en la ayuda cierta de los Estados Unidos”. Denuncia el doble juego norteamericano, que pretendía ayudar a la causa cubana cuando realmente deseaban estorbarla para poder apoderarse de la Isla en el momento más propicio, sea comprándola a España o arrebatándosela en un momento de debilidad, como sucedió con su intervención militar de 1898. Lejos de ignorar el grave peligro del vecino del norte, Martí aprovecha el artículo para arremeter

contra los anexionistas, que estorban la causa de la libertad, y aclarar que si la guerra definitiva no se había declarado aún, también era por el “temor justo” de que “las ruinas empapadas en sangre” se convirtieran después de tanto sacrificio en “abono del suelo para el crecimiento de una planta extranjera”.

A la divulgación del peligro imperialista de los EE. UU. y de la necesidad de declarar cuanto antes la que llamó “guerra necesaria” y conseguir la independencia de Cuba, dedica el Apóstol la totalidad de sus esfuerzos a partir de 1892, año en que pronuncia varios discursos de tema patriótico como el que aquí ntologazos, titulado con una de sus expresiones, “El juramento de los héroes”. En esta alocución, efectuada en el Hardman Hall de Nueva York, durante la conmemoración del 10 de octubre de 1868, fecha del comienzo de la Guerra de los Diez Años, expone su sentir y anuncia el nuevo levantamiento: “Entre nosotros, que vivimos libres en el extranjero, el 10 de Octubre no puede ser, como no es hoy, una fiesta amarga de conmemoración, donde vengamos con el rubor en la mejilla y la ceniza en la frente: sino un recuento, y una promesa”. Aquí aparece su concepto de la “guerra necesaria”, aquella que adelantaría el progreso y la justicia social gracias al concurso revolucionario de las armas: “para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales a la paz de los pueblos, aparece la guerra, que es un ahorro de tiempo y de desdicha, y consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria”. La contienda, sin embargo, supone un grave riesgo ya que toda conflagración, además del derramamiento de sangre, trae consigo el empobrecimiento del país. Martí desea una ofensiva corta, certera en sus objetivos, justamente para causar el menor daño posible a la patria.

En el discurso no desaprovecha la oportunidad de recalcar su idea democrática de la organización de gobierno en la Isla y avisar del peligro de que algún caudillo quisiera convertir a Cuba en su feudo, como sucedía en varias de las repúblicas de América. La república que soñaba debía dar cabida a todos menos a quienes se erigieran sobre el país enarbolando derechos que ninguna guerra podía otorgar a los viejos y nuevos caudillos: “La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie”.

También en el discurso pronunciado por José Martí en el Liceo Cubano de Tampa, el 26 de noviembre de 1891, conocido por el título

“Con todos y para el bien de todos”, expone cómo debe ser la república de Cuba una vez que alcance la independencia. “De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrecerle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella”, dice el Apóstol, que vislumbraba el peligro latente de los políticos dispuestos a convertir los ideales de justicia en presa de sus apetitos de vanidad y poder. Reproducido en hoja suelta con el título *Por Cuba y para Cuba*, provocó un enfrentamiento entre el comandante veterano de la guerra de 1868, Enrique Collazo (1848-1925) y José Martí. En este apreció Collazo una alusión al libro *A pie y descalzo*, publicado en 1891 por el coronel de la Guerra de los Diez Años, Ramón Roa y Gari (1844-1912), cuyo mensaje Martí censuró por considerarlo perjudicial para la labor propagandística de organización para la guerra revolucionaria que él realizaba. En un periódico de Cuba, a la firma de Enrique Collazo y de otros dos cubanos, se publica un artículo donde se acusa a Martí de cobarde, se defiende la postura de Roa y se pone en duda su valor para incorporarse a la manigua si estalla la guerra. El Apóstol contesta al reto afirmando: “no habrá que esperar la manigua, señor Collazo, para darnos las manos; sino que tendré vivo placer en recibir de usted una visita inmediata, en el plazo y país que a usted le parezcan convenientes”. La mediación de amigos comunes emigrados en Tampa y Cayo Hueso evitó que se efectuara un duelo innecesario. Años después, el propio Collazo reconocería que a Martí no le faltaba razón. Sin embargo, el orador dejó claro en este documento su temor a que vicios y debilidades humanas, provincianismos, racismo, falso patriotismo y oportunismo de cualquier índole, hicieran fracasar su empeño de organizar una guerra eficaz y una república democrática. Y aclaró que “si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás”, preferiría que “la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”.

La República “tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos”, “la pasión, en fin, por el decoro del hombre, —o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos”. Su misión no solo es organizar la guerra sino hacerlo de tal modo que una vez logrado el triunfo lo sea de la democracia y no un mero cambio de la tiranía colonial a la tiranía de un caudillo inescrupuloso. Pide: “cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y

la prosperidad de todos los cubanos!". Es conciente, en contraste, que para desatar la beligerancia tiene que atraer a caudillos de la contienda anterior, a generales con hábitos de mando nada democráticos, a hombres acostumbrados a mandar. Es una verdad que le duele pero no oculta: "¿Y qué le hemos de hacer? Sin los gusanos que fabrican la tierra no podrían hacerse palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero".

En el discurso enumera preocupaciones comunes de los patriotas que no estaban convencidos de que la lid fuera el camino para conquistar la libertad. Los desarma con sus argumentos. El caudillismo, el regionalismo, el racismo, los posibles ajustes de cuentas, son desmontados por él, que confía en la voluntad de unión y progreso de los cubanos. La lucha no se hace contra nadie sino contra un régimen de oprobio, por eso proclama que ningún español amante de la libertad debe temer a represalias: "¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida!". En su República ideal, su "república verdadera", hay espacio para todos los componentes de la nación porque desea que su bandera y "fórmula de amor triunfante" sea: "Con todos, y para el bien de todos".

Otro asunto a que presta especial atención José Martí en sus textos de la década de 1890 es el del racismo, tan arraigado en la sociedad colonial y fantasma para quienes temían que un alzamiento revolucionario en la Isla desatará los odios de raza, entre antiguos esclavos y antiguos esclavistas, los negros y blancos que debían combatir hombro con hombro contra la esclavitud de la patria. Escribe en "Mi raza" (1893): "Esa de racista está siendo una palabra confusa y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos". Para él resulta redundante cualquier negro o blanco que diga "mi raza" porque hay sola una: la humana. "Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala es un pecado contra la humanidad". Para él: "Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro".

Su humanismo y su voluntad justiciera, hacen que promueva la amistad entre los hombres sin importar el color de la piel o el origen nacional. "Los negros, distribuidos en las especialidades diversas u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra

el blanco, distribuido en las mismas especialidades". Para Martí el racismo es también esclavitud y ningún negro honrado y digno querrá mantenerse en ella: "Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color". El hombre, si es digno, vale y debe apreciar al que sea de su misma condición, sin que interese la raza, por eso los patriotas cubanos, con iguales ideas de justicia, debían unirse, por encima de las razas, como hijos de una misma madre: "Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco".

Junto a la desobediencia y al regionalismo, que motivaba el rechazo a jefes de otras zonas del país, el racismo fue una de las causas del fracaso de la Guerra de los Diez Años, de ahí que también este sea un asunto del que se ocupe Martí con asiduidad y con el ánimo de conciliar y convencer a los que continuaban reticentes. La patria, de blancos, mulatos y negros, hijos de indios, africanos, españoles y criollos, solo con la unión de todos sería posible. A los confundidos, a los que pudieran pensar que España estaba teniendo una actitud de concilio y mejoras para con la Isla esclava, dirige su texto titulado "El plato de lentejas" (1894), en el que crítica al gobierno colonial por mantener el oprobio de la esclavitud durante tanto tiempo en un territorio donde los revolucionarios de la guerra grande habían declarado el derecho de todos los hombres a la dignidad. Para Martí, a España no deben los antiguos esclavos su libertad ni sus derechos sociales, que parece otorgarles como quien extiende una limosna o un plato de lentejas. Explica que el Gobierno de España en Cuba, veinticinco años después de que la revolución cubana aboliera la esclavitud "acaba de declarar, a petición del 'Directorio de la clase de color', que los cubanos negros pueden tener asiento en los lugares públicos, y sitio en los paseos y en las escuelas, sin diferencia del cubano blanco".

Publicado en el periódico *Patria*, órgano propagandístico del Partido Revolucionario Cubano, el artículo recalca que si bien desde el alzamiento de 1868 los insurgentes cubanos dieron la libertad a los esclavos, España tardaría décadas en admitirla. Ante presiones internacionales y la realidad de que los cautivos evadidos se pasaban a las filas del Ejército Libertador, en 1880 los colonialistas aprueban la ley de abolición de la esclavitud, que sin embargo no cambió el estado de oprobio, ya que

existía una forma de "Patronato" que obligaba a los libertos a contratarse con sus antiguos amos por espacio de ocho años. Este "sistema" perpetuador de la servidumbre no fue abolido hasta 1886, cuando fue suprimido mediante Real Orden firmada por la Reina Regente María Cristina (1858-1929).

Martí sabe que una sociedad en que hasta hace unos años el negro era tenido como un ser de menor rango es difícil que abra sus puertas a la igualdad, ya que "institución como la de la esclavitud, es tan difícil desarraigarla de las costumbres como de la ley. Lo que se borra de la constitución escrita, queda por algún tiempo en las relaciones sociales". Por otra parte, descubre en la nueva ley del gobierno el oculto deseo de quitar aliados a la causa independentista y pide que ningún antiguo esclavo se confunda y piense que ahora, porque los colonialistas declaraban su derecho a la libertad y a la participación social a ellos debían la emancipación, porque eran los mismos que les había robado de África y azotado sin piedad en los campos de Cuba. De ahí que para Martí: "La revolución, hecha por los dueños de los esclavos, declaró libres a los esclavos. Todo esclavo de entonces, libre hoy, y sus hijos todos, son hijos de la revolución cubana".

Aclara que blancos y negros deben sentir de igual modo la injusticia del régimen de dependencia colonial a que es sometida su patria y que ninguna limosna impedirá que los negros leales se alcen por la libertad. El negro "como todo ser bueno" siente en su mejilla "el bofetón que recibe la mejilla humana" y como todo hijo piadoso" guarda en su memoria "los dolores y sacrificios que fundaron nuestra libertad". Por eso no duda en que cuando lleguen los momentos de la lucha, juntos, blancos y negros, se alcen en pos del ideal justiciero. La patria los une al cabo de odios y rencores, los ahija y los llama a defenderla: "¡Y cuando se levante en Cuba de nuevo la bandera de la revolución, el cubano negro estará abrazado a la bandera, como a una madre!".

1.5. *Por el equilibrio del mundo*

Después de asistir al Congreso de Washington (1889) y a la Conferencia Monetaria Internacional (1890), José Martí confirma sus sospechas sobre las intenciones "veladas" de EE. UU. hacia la América del sur y su proyecto de "alianza" con un territorio que desea convertir en

traspatio, donde comprar materias primas baratas y vender su excedente productivo. Afianza su idea sobre la necesidad de salvaguardar la endeble independencia americana y alerta sobre las pretensiones imperialistas del vecino norteño. Llega a la conclusión de que Cuba y Puerto Rico podrían ser el trampolín para la penetración de Estados Unidos en Latinoamérica, de ahí que se consagre a organizar la guerra para liberar a tiempo a las dos naciones cautivas.

Tempranamente, en el "El tratado comercial entre los Estados Unidos y México" (1883), aparecen las ideas antiimperialistas de José Martí, quien por entonces adquiría conciencia del peligro que para América Latina representaban los poderosos Estados Unidos de Norte América. En su agudo análisis de las consecuencias del tratado para América y para México, no se le escapa que mediante dicho convenio la floreciente nación del norte podría situar su exceso de productos en el mercado mejicano y mantener su ritmo creciente de producción, lo que a México no podía beneficiar ya que lo convertía en consumidor de mercancía foránea. Explica Martí que mediante el Tratado, los EE. UU.: "Descargan sus mercados; emplean a mayor interés su riqueza sobrada" y "se ayudan a esquivar, por unos cuantos años", "el problema gravísimo que viene de la desocupación de los obreros por el exceso de producción de artículos no colocables". Desde el punto de vista económico, México podría beneficiarse del fomento de nuevas ramas de fabricación y de la introducción de tecnologías, lo que le situaría a la vanguardia de América, en prejuicio, empero, de sus hermanos del sur, que verían copados sus renglones exportables. Tal era el caso de Cuba, región monoprodutora de azúcares: "¿Cómo podrán entonces [...], competir los azúcares de Cuba, que irán por mar y con derechos a su salida y llegada a los Estados Unidos, con azúcar de igual clase de México, que irá por ferrocarril, sin derechos probables de salida y sin derechos de entrada?". La competitividad entre naciones hermanas no se realizaría en igualdad de condiciones ni en "igualdad de derechos". La clave del subdesarrollo es expuesta por Martí, cuando dice que es "suicidio" fiar la subsistencia de un país "a un solo fruto"; enfatiza: "Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto". Nada bueno podía esperar el país que no diversificara sus creaciones y sus mercados.

En las crónicas sobre el Congreso de Washington analiza los entramados del convite y revela las apetencias imperialistas del gobierno

norteamericano para con América Latina. Como de soslayo, en la reseña de los acontecimientos preparatorios de la Conferencia, escribe que llevan de paseo a los delegados de Hispanoamérica para “mostrar a los huéspedes la grandeza y esplendor de las ciudades, y aquella parte de las industrias que se puede enseñar”. Objetivo oculto: “que se les arraigue la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar lo de este y no de otros, aunque lo de este sea más caro, sin ser en todo mejor”. Alianza que ni desde el punto de vista económico ni desde el político, convenía a la América hispana, ya que supondría cerrar las puertas al comercio con el resto del mundo, lo que solo podía convenir a los EE. UU.: “Y mientras unos se preparan para deslumbrar, para dividir, para intrigar, para llevarse el tajo con el pico del águila ladrona, otros se disponen a merecer el comercio apetecido con la honradez del trato y el respeto a la libertad ajena”. Ingenua buena voluntad de los latinoamericanos engegucidos con el progreso de Norteamérica, pero ignorantes de sus apetencias hegemónicas en la región.

Puntualiza Martí que con leyes no se crea comercio sino “abriendo créditos como los europeos, y conociéndose más los del norte y del sur, y respetándose”. El desconocimiento que los EE. UU. demostraban sobre Suramérica suponía el peligro mayor para la independencia de las jóvenes repúblicas, que acudían al llamado del poderoso vecino sin saber cuáles eran los ocultos intereses de quien les extendía la mano hipócrita. Conocimiento que demuestra Martí en su ensayo “Nuestra América” (1891), escrito a un mes de haber participado en el Congreso o Conferencia Americana de Washington. El texto demuestra la maduración ideológica de José Martí, por lo que resulta un texto capital en su obra y en la historia de la literatura hispanoamericana. El ensayo tiene su precedente en la “Carta de Jamaica” (1815) donde Simón Bolívar (1783-1830) hizo una valoración de la situación social y política de América.

Dividida y enemistada por aldeanismos, Nuestra América corría el peligro de ser engullida por el imperio del norte, por eso reclama Martí: “Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos”. Su americanismo y su antiimperialismo son perfectamente congruentes, ya que en la unión de Hispanoamérica vio la solución para evitar el avance del “gigante de las siete leguas”: “Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”. Es este el

ensayo programático que escribe Martí para movilizar conciencias sobre el peligro imperialista y derribar las vallas del colonialismo cultural de los latinoamericanos, que no se percataban de la grandeza de la tierra en que nacieron. En él denuncia la codicia del vecino imperialista, describe los problemas históricos del Continente, aconseja la unidad de las jóvenes repúblicas para consolidar su amenazada independencia y solucionar sus males de fondo. Alerta al “aldeano vanidoso” sobre “los gigantes que llevan siete leguas en las botas, y le pueden poner la bota encima”.

La descolonización cultural constituía uno de los problemas mayores para las naciones americanas, que pese a sus nombres de repúblicas continuaban las estructuras heredadas del sistema anterior. Martí resalta la importancia de constituir y privilegiar una enseñanza americana: “La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia”. Dar la espalda al mundo tampoco le parece recomendable, ya que la asociación mejor es con el universo en su conjunto. Subraya el cubano que en la construcción de la nueva identidad, deudora de la lengua y la cultura que le da origen, aunque caben todas las ideas válidas, la base, el tronco, ha de ser el propio: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.

“Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España”. Ahora que América ha dejado de ser calco de la cultura europea, la juventud debe entender su misión creadora y asumir el orgullo de su identidad: “Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!”. Sobre los modelos copiados y las literaturas artificiales, plantea también: “el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales”. Muestra su optimismo hacia las nuevas generaciones de americanos, concientes de la necesidad de crear, de hallar soluciones propias con el mismo lenguaje y la misma cultura de nuestros conquistadores: “Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América [...] entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación”. Ha llegado la hora

de crear, de renovar, de ser útiles. Hispanoamérica es una región con derecho a figurar en el mapa de la cultura contemporánea con frutos originales y a tomar de ella cuanto la enriquezca, sin enajenarse de su contexto, de sus raíces, del tronco común que la unifica y particulariza, quien lo ignore se equivoca y quien desprecie a su tierra no merece respeto alguno: "Los que no tienen fe en su tierra, son hombres de siete meses".

Síntesis del pensamiento latinoamericanista y antiimperialista del Apóstol, este estudio resulta un profundo análisis de nuestra común identidad y un carta náutica donde propone su programa para la conquista de la Modernidad. Su análisis de la realidad de Hispanoamérica es objetivo y profundo; el optimismo sobre el futuro, expresa su visión programática del porvenir. Sin regionalismos ni aldeanismos, en el respeto de las razas y las tradiciones, en el conocimiento de nuestra diversidad, está la solución de los problemas de América y la fórmula del buen gobierno, de un futuro de prosperidad y paz que garantice el desarrollo. Advierte: "Lo que quede de aldea en América ha de despertar". Y explica que el buen gobernante en Hispanoamérica es "el que sabe con qué elementos está hecho su país".

El ensayo sobre "La conferencia monetaria de las Repúblicas de América" (1891) es asimismo revelador de las conclusiones que ha sacado Martí de la política de los EE. UU. para con Suramérica. Tras bambalinas, en los pasillos de congresos y reuniones, en los banquetes y las sesiones de trabajo, aprendió que en política lo que importa es lo que no se ve, el propósito oculto: "Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve". Por eso pide que los gobiernos de América hispana sean más previsores y atentos a "las razones ocultas" de estos convites trascendentales para el futuro de la región: "A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés". Alerta: "Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores". Solo los ignorantes y los deslumbrados celebran que una nación poderosa les invite a dialogar sobre su futuro, porque "el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del

pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes", ya que si el invitado no ve más allá del aparente gesto amigable del anfitrión, puede ser zampado sin apenas ofrecer resistencia. En una elocuente imagen, sintetiza Martí: "Si a un caballo hambriento se le abre la llanura, la llanura pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto, y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso a quien le estorbe".

Los gobernantes y los políticos debían andar con cautela, porque la América hispana, diferente en su origen y en sus elementos culturales de la América inglesa, no podría aliarse al vecino del norte sin riesgo de aniquilación. Los del norte creen en "el derecho bárbaro, como único derecho", creen en la superioridad de la "raza anglosajona contra la raza latina" y además de desdeñarla, ignoran a Hispanoamérica, por eso se pregunta el Apóstol: "¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?". Y puntualiza: "Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve". Sin ser un economista, el ideólogo sabe que el comercio es vital para la libertad de los pueblos, por eso sugiere equilibrarlo: "El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno". Ningún regalo o prebenda debe ser aceptado sin ser concientes de su fin oculto: "Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él". Aconseja Martí: "El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos". Y resume lo que considera principio básico para la convivencia pacífica y el porvenir de la región: "Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América".

Asimismo, en el artículo "La verdad sobre los Estados Unidos" (1894) saluda Martí lo mejor de la democracia estadounidense pero denuncia sus matices, las tristes realidades y desigualdades que la hacen imperfecta y revela el peligro de una anexión de Cuba. Por entonces era conciente del peligro expansionista de la nación del norte, que ya no apetecía a México ni a Canadá pero sí a las islas del Pacífico (Hawái y Samoa) y a las Antillas (Cuba y Puerto Rico, principalmente) enclaves que asegurarían su hegemonía en la zona y serían las llaves para su co-

mercio con el Oriente y con América latina. Declara que los EE. UU. desprecian a sus vecinos y les consideran inferiores, que es una nación acostumbrada a tomar por la fuerza aquello que le apetece y que su sociedad está todavía inmadura y sus políticos tienen gran poder para encausar a la opinión pública hacia causas que les parecen convenientes para el porvenir de la Unión. Reclama: "Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos. Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes." Temía sobre todo a quienes amaban excesivamente al Norte, idealizándolo y deseando unírsele para llevar a sus naciones el progreso, sin ver "que las ideas, como los árboles, han de venir de larga raíz, y ser de suelo afín, para que prendan y prosperen". Ninguna alianza con los estados poderosos traería a América la añorada prosperidad, sino su ruina. Las repúblicas americanas debían madurar y por sí mismas "sudar la calentura". Ningún hombre honrado debía ignorar que cada nación estaba obligada a recorrer su propio camino y que la ligazón con otra más poderosa podía poner en peligro su soberanía. Desea Martí que se conozca el carácter "crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos —y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos", por eso presenta con este trabajo una sección nueva del periódico *Patria*, que llevará por nombre "Apuntes sobre los Estados Unidos" y donde "estrictamente traducidos de los primeros diarios del país, y sin comentario ni mudanza de la redacción, se publiquen aquellos sucesos por donde se revelen [...] aquellas calidades de constitución" que conforman el carácter verdadero de los EE. UU.

En el balance de "El tercer año del partido revolucionario cubano" (1894) el escritor se adentra en el asunto que más le preocupa, conseguir detener el avance imperialista de los EE. UU. con la independencia de las Antillas. En el artículo primero de las Bases del Partido Revolucionario Cubano, aprobadas el 5 de enero de 1892, reflejó que dicho Partido "se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico". En varios escritos, Martí explicó que luchar por Cuba era hacerlo por toda la América Latina, ya que la liberación de Cuba y Puerto Rico salvaguardaría la independen-

cia de las repúblicas americanas, puesto que de no ser conquistadas a tiempo las Antillas podrían ser el puente desde donde se extenderían sobre América los EE. UU. con su expansión imperialista. En la geopolítica de los finales del siglo XIX, apreció José Martí el papel protagónico que tendría la región. Por eso señala que "con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo". Tenía claro que Cuba y Puerto Rico no eran "meramente dos islas floridas" que salvarían con la independencia, sino los territorios que de ser libres asegurarían, "frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo". Puntualiza en este ensayo que los territorios aún esclavos del caribe, en cierta medida abandonados o desdeñados por la América libre, por las repúblicas que ignoraban el peligro que desde allí podría sobrevenirles, de no ser conquistados a tiempo serían "mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder". Liberarlos los convertiría en el "fortín de la Roma americana", "la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada, y la del honor para la gran república del Norte", que podía hallar "más segura grandeza" en "el desarrollo de su territorio" que "en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo". En general la historia limita la misión de José Martí a lucha por la independencia de Cuba, pero no solo por su patria murió combatiendo el Apóstol, sino por lo que acertaría en llamar el "equilibrio del mundo". Esclareció: "Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son solo dos islas las que vamos a libertar". Por eso sabe que cualquier error se pagaría caro y toda la humanidad sufriría las consecuencias: "Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna".

Luego de muchos esfuerzos y privaciones, logra Martí aunar voluntades y reunir lo necesario para el nuevo estallido independentista en Cuba. Poco después de firmada la "Orden de Alzamiento" se inician las hostilidades en la Isla y el 25 de marzo de 1895, en el "Manifiesto de

Montecristi”, plasma su sentir antiimperialista, declara el inicio de la contienda de 1895 como continuadora de la iniciada en 1868 y establece el programa de la revolución independentista cubana. Aquí define además cómo debía conducirse las operaciones y aclara que aunque pelearán cubanos contra españoles no luchan contra los peninsulares sino contra el colonialismo: “La guerra no es contra el español”. Tampoco debe ser una lid marcada por el desorden ni por la tiranía de sus jefes. Llama a que la revolución que organizó respete “al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella” y sea inflexible “solo con el vicio, el crimen y la inhumanidad”. Remedando palabras ya expuestas en su alegato “La República Española ante la Revolución Cubana”, expone: “En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía”. Augura que la República de Cuba dará hogar a cubanos y españoles como a hijos con iguales derechos y ciertamente la historia le otorgaría razón también en este punto: “la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia”. La nota antiimperialista, avizora del porvenir, tampoco falta en el Manifiesto. Porque para José Martí es evidente la importancia de la independencia de Cuba y de Puerto Rico, “nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes”. Por eso esta guerra “es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo”.

A estas ideas retornará en su carta inconclusa al amigo mexicano Manuel Mercado (1838-1909), fechada el día antes de su caída en combate, cuando llevaba varios días en los campos cubanos, combatiendo por la libertad de su tierra, por la soberanía de la que llamó “Nuestra América” y por el amenazado “equilibrio” del mundo. Son varios los asuntos que aborda el Apóstol en el trascendental documento, donde recaba en el amigo, quien ostentaba varios cargos de influencia en su país, el apoyo de México para la lucha independentista cubana, porque esta servía a la causa de toda la América. Le escribe: “Y México —¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien

lo defiende? [...] Esto es muerte o vida, y no cabe error”. Es célebre su explícita declaración antiimperialista: “ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”. Para él todo hombre honrado debe sentir el compromiso con una causa de justicia y futuro como le parece la revolución cubana de 1895, porque con ella intentaba “impedir que en Cuba se abra [...] el camino, que se ha de cegar [...] de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia”. Pero la empresa es difícil y quizás previendo la intervención interesada de los EE. UU. en la conflagración de Cuba, añade: “Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; —y mi honda es la de David”.

Al margen de los planteamientos trascendentales, están las dudas del humanista, la angustia porque continúan habiendo divergencias sobre el modo efectivo de conducir la contienda. Admite que “en cuanto a formas, caben muchas ideas; y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen”. Pero deja clara su convicción de que incluso la guerra debía conducirse de forma limpia, sin que sus principios morales fueran manchados. Defensor a ultranza de la democracia y de la ética, más allá incluso de su propia vida, escribe al amigo: “Me conoce. En mí, solo defenderé lo que tenga yo por garantía o servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad”.

Quizás la llegada al Campamento de Dos Ríos del General Bartolomé Masó (1830-1907) hizo que Martí dejara sin terminar este importante documento. Asombroso azar, que su última línea, en que la idea quedó trunca a mitad de la frase (“Hay afectos de tan delicada honestidad”), unas pocas palabras evoquen su propio “afecto” y “delicada honestidad”, que le condujeron del brillo de los salones y la merecida admiración de sus contemporáneos, al monte incierto, donde cayó combatiendo por la justicia social y por el futuro, por el equilibrio del mundo, José Martí, el Apóstol.

2. BIBLIOGRAFÍA

Es abundantísima la bibliografía martiana, por lo que solo referimos sus obras completas, antologías de sus textos en prosa y estudios claves sobre el modernismo y la prosa del prolífico autor. En todo caso, también citamos biografías, cronologías y bibliografías, donde se relacionan los cientos de publicaciones que ha motivado José Martí.

2.1. Obras de José Martí

2.1.1. Obras completas

Obras Completas, ed. Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, Editorial Trópico, 1936-1953 (74 vols.)

Obras Completas, ed. M. Isidro Méndez, La Habana, Editorial Lex, 1946 (2 vols.)

Obras Completas, ed. Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973. (27 vols.)

Obras Completas, 2da. Ed., La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975. (27 vols.)

Obras Completas, Edición Crítica. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000-2003. (25 vols.)

2.1.2. Antologías y otras ediciones significativas de su obra

Antología, ed. Julio Ortega, Madrid, Salvat / Alianza, 1972.

Antología crítica de José Martí, ed. Manuel Pedro González, México, Editorial Cultura, 1960.

Antología crítica, ed. Susana Redondo de Feldman, et all, Nueva York, Las Américas, 1968.

Crónicas, prólogo, selección y notas de Susana Rotker, Madrid, Alianza, 1993.

Diarios, prólogo de Guillermo Cabrera Infante, Barcelona, Círculo de Lectores & Galaxia Gutenberg, 1998.

Epistolario de José Martí, ed. Félix Lizaso, La Habana, Editorial Cultural, 1930-1931.

Epistolario (antología), introducción, selección y notas de Manuel Pedro González, Madrid, Gredos, 1973.

Ensayos sobre arte y literatura, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Ed. Arte y Sociedad, 1972.

Ensayos y crónicas, estudio introductorio y notas de José Olivio Jiménez, Madrid, Ed. Cátedra, 2004.

En los Estados Unidos, ed. Andrés Sorel, Madrid, Alianza, 1968.

En los Estados Unidos: periodismo de 1881 a 1892, eds. Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez, Nanterre Cedex, Allca XX, 2003.

Escritos desconocidos de José Martí, ed. Carlos Ripio, Nueva York, Eliseo Torres & Sons, 1971.

José Martí. Antología Crítica, eds. Susana Redondo de Feldman y Anthony Tudesco, New York, Las Américas Publishing, 1968.

Martí, ed. Roberto Fernández Retamar, Montevideo, Biblioteca de Marcha / Colección Los Nuestros, 1970.

Nuestra América, prólogo de Juan Marinello, selección y notas de Hugo Achuraz y cronología de Cintio Vitier, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

Obras escogidas, Centro de Estudios Martianos, La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1992. (3 tomos.)

Once ensayos martianos, ed. y pról. de Juan Marinello, La Habana, Comisión Nacional del Centenario, 1953.

Otras crónicas de Nueva York, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, 1983.

Sobre España, ed. Andrés Sorel, Madrid, Ciencia Nueva, 1967.

Sus mejores páginas, ed. Raimundo Lazo, México, Porrúa, 1970.

2.2. Bibliografía selecta sobre su prosa reflexiva

AGUIRRE, MIRTA, "Los principios estéticos e ideológicos de José Martí", *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 1 (1978), pp. 133-152.

ALZAGA, FLORINDA, "Concepción estética del arte y la literatura en José Martí", *Actas del VIII congreso Internacional de Hispanistas*, Ed. Istmo, Madrid (1986), pp. 141-151.

ARMAS, EMILIO DE, "Acerca de la obra literaria martiana en 1887", *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 11 (1988), pp. 156-185.

CAMPOS, JORGE, "La obra renovadora de José Martí", *Ínsula*, 287 (1970), p. 11.

DILL, HANS-OTTO, *El ideario literario y estético de José Martí*, La Habana, Ed. Casa de las Américas, 1975.

GONZÁLEZ, ANÍBAL, *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, Porrúa, 1983.

HERNÁNDEZ, LUIS RAFAEL, *El Modernismo martiano, nuestro modernismo*, La Habana, Ed. Cuba Literaria, 2001. URL: http://www.cubaliteraria.cu//esp/edielect/ensayo_1.html

———, "David contra Goliath. (Acerca del antiimperialismo de José Martí)", *El habanero*, martes 10 de junio (1997), p. 3.

———, "Martí y la vigencia de su proyecto Modernista", *Hipertexto*, I-1, (2005), Universidad de Texas-Pan America. URL: <http://www.panam.edu/dept/modlang/hiperboard.htm>

———, "Vigencia del Modernismo martiano", *Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Vol. IV, México, Ed. Fondo de Cultura Económica de México, 2007, pp. 279-288.

———, *Entre Prometeo y Narciso. El siglo modernista (1880-1980)*, Ed. Complutense, Madrid, 2013.

FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO, *Introducción a José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1978.

———, "Cuál es la literatura que inicia José Martí", *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 4 (1981), pp. 26-50.

- , *Naturalidad y modernidad en la literatura martiana*, Montevideo, Ed. Universidad de la República, 1986.
- , "José Martí en los orígenes del antimperialismo latinoamericano", *Spanish American Literature: From Romanticism to 'Modernismo' in Latin America*, eds. David William Foster & Daniel Altamiranda, New York & London, Garland (1997), pp. 247-255.
- LE RIVEREND, JULIO, "Los Estados Unidos: Martí, crítico del capitalismo financiero (1880-1889)", *Casa de las Américas*, 24, (1983), pp. 140-148.
- LIZASO, FÉLIX, "Normas periodísticas de José Martí", *Revista Iberoamericana*, 56 (1963): 227-249.
- MARINELLO, JUAN, *Dieciocho ensayos martianos*, La Habana, Editorial Política, 1980.
- MARBÁN, JORGE, "Evolución y formas en la prosa periodística de José Martí", *Revista Iberoamericana*, 55 (1989), pp. 211-222.
- MISTRAL, GABRIELA, *La lengua de Martí*, La Habana, Secretaría de Educación, 1943.
- OLIVERA, OTTO, "José Martí y la polémica sobre el modernismo", *Repertorio Americano*, V-2 (1989), pp. 16-19.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO, *José Martí, crítico literario*, Washington, D.C., Unión Panamericana, 1953.
- RAMA, ÁNGEL, "La dialéctica de la modernidad en José Martí", *Estudios Martianos, Memoria del Seminario José Martí*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, Ed. Universitaria, 1974, pp. 129-197.
- ROTKER, SUSANA R, *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992.
- SCHULMAN, IVÁN, "José Martí frete a la modernidad hispanoamericana: los vacíos y las reconstrucciones de la escritura modernista", *Revista Hispanoamericana*, 55, 146-147 (1989), pp. 175-192.
- , "Modernismo, revolución y pitagorismo en Martí", *Casa de las Américas*, 73 (1972), pp. 45-55.
- VALDÉS, GEMA, "Martí y el modernismo", *Estudios sobre Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975, pp. 171-181.
- VITIER, CINTIO y GARCÍA-MARRUZ, FINA, *Temas Martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional "José Martí", 1969.
- VITIER, CINTIO y GARCÍA-MARRUZ, FINA, *Temas martianos* (Segunda serie), La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1982.

2.3. Bibliografías, biografías y cronologías

- CALATAYUD, ANTONIO, compilador, *Martí visto por sus contemporáneos*, Miami, Mnemosyne Publishing, 1976.
- ESTÉNGER, RAFAEL, *Vida de Martí*, Miami, Editorial AIP, 1965.
- GARCÍA-CARRANZA, ARACELI, "Bibliografía martiana", *Anuario Martiano*, 2-7 (1970-77); *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 1 (1978).
- GARCÍA MARTÍ, RAÚL, *Martí. Biografía Familiar*, La Habana, Cárdenas y Cía., 1938.
- GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO, *Fuentes para el estudio de José Martí*, La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1950.

- HIDALGO PAZ, IBRAHIM, *José Martí. Cronología, 1853-1895*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial Ciencias Sociales, 1992.
- LIZASO, FÉLIX, *Archivo martiano*, La Habana, Educación, 1940-1953.
-, *Martí, místico del deber*, Buenos Aires, Losada, 1940.
- MAÑACH, JORGE, *Martí el apóstol*, prólogo de Gabriela Mistral, Nueva York, Las Américas Pub. Co, 1963.
- MÁRQUEZ STERLING, CARLOS, *Martí, ciudadano de América*, Nueva York, Las Américas, 1965.
- , *Biografía de José Martí*, Barcelona, Impresora Manuel Pareja, 1973.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL, *Martí, el héroe y su acción revolucionaria*, México, Siglo XXI, 1966.
- , *Martí revolucionario*, La Habana, Casa de las Américas, 1967.
- PERAZA SARAUSA, FERMÍN, *Bibliografía martiana*, La Habana, Comisión Nacional de Actos y Ediciones del Centenario, 1954.
- QUESADA Y MIRANDA, GONZALO DE, *Martí, hombre*, La Habana, Trópico, 1940.
- RIPOLL, CARLOS, *Archivo José Martí: repertorio crítico: medio siglo de estudios martianos*, New York, Editorial Eliseo Torres, 1971.
- , *Índice universal de la obra de José Martí*, Nueva York, Eliseo Torres & Sons, 1971.
- , *Una biografía en fotos y documentos* (ed. Bilingüe español-inglés), Coral Gables, Florida, Senda Nueva de Ediciones, 1992.
- , *La vida íntima y secreta de José Martí*, Nueva York, Editorial Dos Ríos, 1995.
- RODRÍGUEZ-SILVA, DELFÍN, *Cronología Martiana. La Ruta Apostólica de José Martí (1853-1895)*, Miami, Editorial Universal, 1996.
- TOLEDO SANDE, LUIS, *Cesto de llamas. Biografía de José Martí*, Sevilla, Alfar, 1998.
- ZACHARIE DE BARALT, BLANCA, *El Martí que yo conocí*, La Habana, Editorial Trópico, 1945.